

Lo que sea de cada quien

Lagrimitas de María Félix

Vicente Leñero

Alex me tiene mucha paciencia. Yo soy una mujer difícil; tengo mi carácter, mi genio. Ah sí, qué difíciles somos las mujeres y qué difícil debe ser para el hombre aguantar nuestros malos ratos. Pero yo también le tengo paciencia a él, no crean que no. Por ejemplo, me molesta el olor del puro, me p a rece una pestilencia, y lo más fácil sería ponerle mala cara; pero yo me digo: María, es mejor que lo fume aquí en su casa a que vaya a fumarlo a otra parte. Claro. ¿No tengo razón?

Así hablaba María Félix en 1966, en sus cincuenta y dos años de edad. Vestía pantalones ceñidos a sus nalgas y batía de un lado a otro su copiosa cabellera.

La escuchábamos arrobados Jorge de Angeli, Ernesto Spota y yo. Habíamos ido a su casa de Shakespeare, en Polanco, a concertar un reportaje para la revista *Claudia*. No se trataba de hacerle una entrevista sino de fotografiar su casa: mostrar a los lectores dónde y cómo vivía la Doña: sus ha-



María Félix

bitaciones, sus muebles, sus cuadros, sus objetos queridos.

A María Félix le encantó el proyecto y dio el visto bueno para que nuestro fotógrafo Alex Klein —tocayo de su marido— invadiera su territorio privado con cámaras y lámparas durante dos mañanas. Yo me encargaría solamente de redactar los pies de foto.

Entrando y saliendo a intervalos por los cuartos, de aquí para allá, la Doña se hizo presente en las dos sesiones. Reina, su administradora, nos vigilaba estricta.

—Cuidado con este cojín. No vayan a maltratar la mesa. Por favor no toquen las porcelanas.

Me asombré de los cuadros que representaban por todas partes a la famosa: Rivera, Leonor Fini, Sofía Bassi, Carrington, Lepri, Chávez Marión. Pero me sorprendí sobre todo, en su recámara palaciega, de la cabecera que le diseñó Diego Rivera, su platónico enamorado. Barroca por sus volutas y sus retorcimientos, costosa por el dispendio de aquella mole maciza de pura plata, cursi sin lugar a dudas, la tal cabecera constituía el mejor ejemplo del talento desperdiciado por el capricho de una mujer.

Trabajaron duro Alex Klein y su asistente mientras yo tomaba notas en mi libretita y conversaba con la Félix.

No quería que concluyéramos las sesiones —me dijo— sin fotografiar su última adquisición: una cajonera del siglo XIX recién llegada de París. El mueble ocuparía un sitio de privilegio en su *boudoir* pero aún no estaba a punto del flashazo. Faltaba que el ebanista responsable de los muebles de la actriz terminara de adosar, al semblante de los cajones, una docena de porcelanas de Meissen.

La Doña pensó que el ebanista concluiría su tarea antes de la segunda sesión fotográfica, pero la precisión obligó a un retraso y el mueble no estaría terminado —dijo el ebanista— hasta la semana siguiente.

Tanto era el interés de María Félix porque su mueble figurara en el reportaje, que aceptamos sin remilgos una nueva sesión.

Y ahí estuvimos otra vez en la casa de Shakespeare, siete días después. Mientras el fotógrafo de *Claudia* desperdiciaba rollos buscando ángulos insólitos para favorecer al pinche mueble, reparé en el semblante de María, atenta a los disparos de la cámara.

—¿Verdad que es precioso?

—Precioso, María.

—No sabe lo que me costó convencer a su dueño de que me lo vendiera. Una herencia de familia. Un tesoro para él.

—Ya me imagino.

—Pero qué cree. Ayer llegó de Europa Alex, mi marido, y se lo enseñé. No sabía nada, era una sorpresa. Lo vio por primera vez.

—Y le encantó.

—¡No! Le pareció un mamotreto.

—No me diga.

—Un capricho absurdo, un despilfarro, un mamotreto. Ya no sé cuántas cosas horribles dijo de mi cajonera. El caso es que nos peleamos y se salió de la casa hecho una furia. Hacía mucho tiempo que él y yo no teníamos una diferencia y ahora la tuvimos, horrible horrible, por mi cajonera preciosa... ¿Verdad que es preciosa?

—Preciosa, señora —dije, sorprendido aún por la insólita confidencia.

Y fue entonces, al girar la cabeza, cuando vi escurrir por el *make-up* de las mejillas de María Félix un hilito de lágrimas. □